

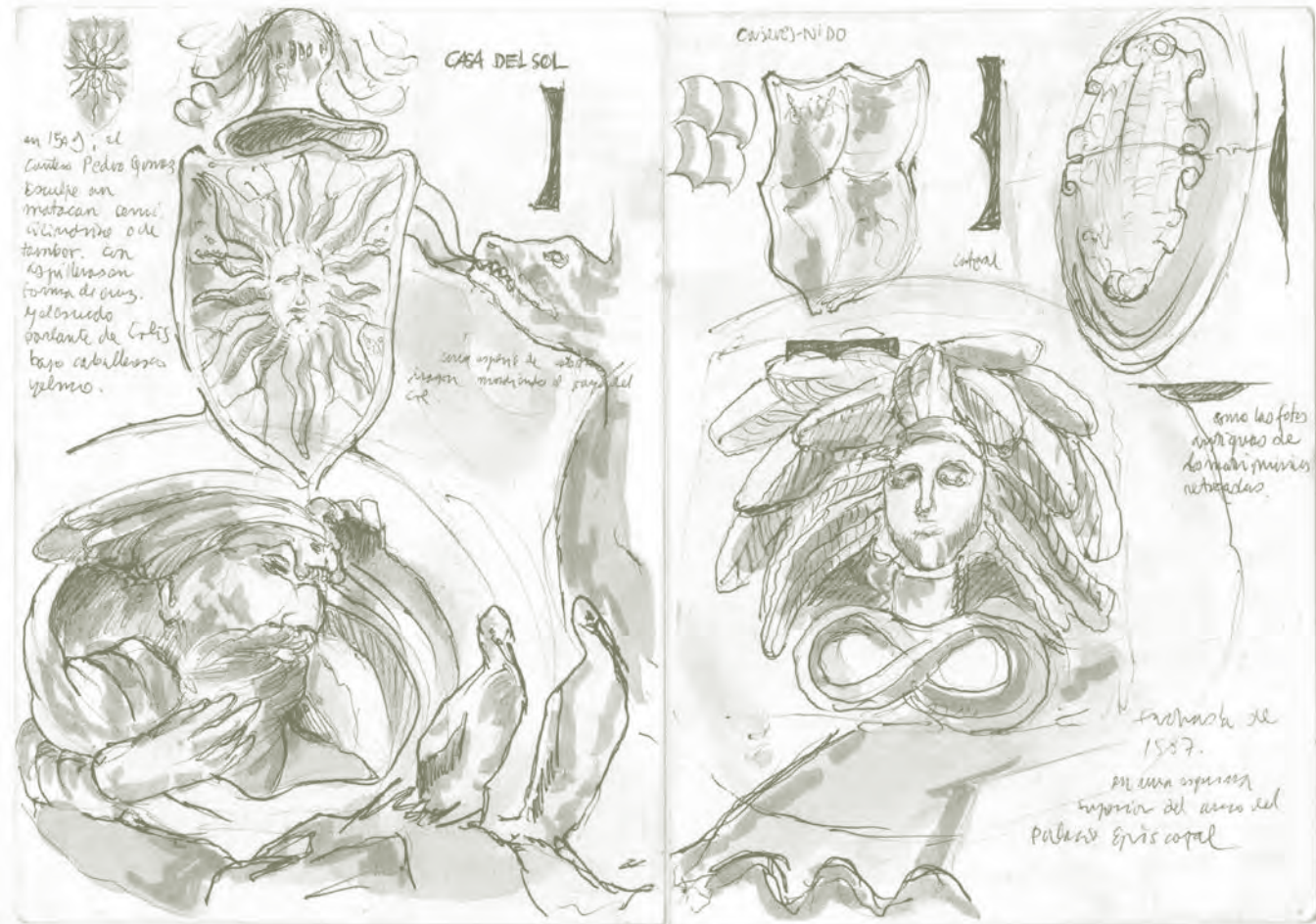
DÍA 1: MÉRIDA

Llego a Mérida, mi punto de partida, un domingo de invierno, el primero de febrero de 2004. Los emeritenses han cruzado desde hace mil años sobre los cien arcos del acueducto de San Lázaro, pero es el acueducto de los Milagros sobre el río Albarregas el que permanece invariable en la memoria, con sus columnas esbeltas que se ven desde la entrada de la ciudad. En la víspera del viaje me aseguro de que la mochila y los zapatos sean lo suficientemente cómodos, me abastezco de alimentos y considero algunos consejos prácticos como la cinta de esparadráp para prevenir las ineludibles ampollas que la caminata imprime en los pies. Consigo la Credencial del Peregrino en la catedral (documento que va a acompañarme a lo largo del viaje, imprescindible

para hacer uso de los albergues) y la sello con el primer timbre, del excelentísimo ayuntamiento de Mérida. Me hospedo en el albergue de peregrinos del Camino de Santiago del Sur o vía de la Plata. Casi no duermo.

DÍA 2: DE MÉRIDA A ALCUÉSCAR

La levantada es nocturna, a las seis de la mañana. En el albergue hay solo dos personas más. A diferencia del camino del norte esta vía es muy poco concurrida, más aún en invierno. El camino, supongo, será una ruta solitaria. Desayuno café con leche, frutos secos y dátiles. Después de los últimos preparativos doy inicio a la caminata con una mochila de unos veinte kilos cargada de provisiones, cocinilla, bombona de gas, ropa de abrigo y saco de dormir. Pronto me doy cuenta de que nada



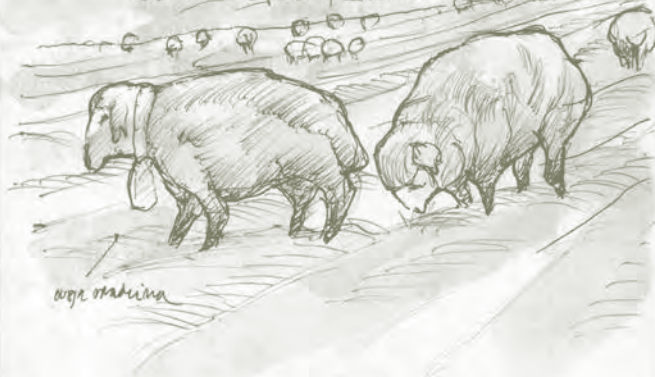
de eso será necesario: los albergues, aunque precarios, siempre tienen cerca un almacén. La mayor parte de ellos cuenta con sábanas y frazadas, ollas y cocina. El sendero está marcado con flechas amarillas y conchas de vieiras profusamente dibujadas en paredes, suelo, rocas y árboles. Rápidamente dejo atrás la ciudad para salir al campo, en una soleada pero fría mañana. Cruzo el pequeño poblado de Aljucén y su iglesia. El verde predomina en el paisaje; grandes encinas y alcornoques acompañan los 37 kilómetros que recorro el primer día. Llego a Alcuéscar sin problemas, un poco cansado pero feliz, a las seis de la tarde. Pregunto por albergue en la plaza y llaman a un niño que llena unas bolsas de verduras que le han donado. Le ayudo a llevar la carga mientras me conduce a una vieja abadía. Lleva

puesto un sayo como el de San Francisco, pero azul. Este aspirante, Viviano, tiene 14 años y pertenece a la Congregación de Esclavos de María y de los Pobres. Sus hermanos me reciben con una sopa de San Andrés: pan frito, tocino, carne, aceite de oliva y laurel.

DÍA 3: DE ALCUÉSCAR A CÁCERES

Son las siete y el café está listo. Poco antes, a las cinco de la mañana, los hermanos se levantan a orar y a preparar el desayuno. Sellan mi carnet. Me despiden agradecido y sospecho que ellos lo están aún más. A la salida del pueblo aparecen encinas y alcornoques; el suelo está cubierto de bellotas. Los árboles son cuadrangulares, pero a diferencia del roble sudamericano que es vertical, aquí las encinas son horizontales. El sendero atraviesa

GALESTO. alberque bonito. pedir la salada a un viejo en la plaza del pueblo, dentro de las murallas, agua caliente.
 BAYOS de montaña, un. No hay abo que de pidiémos, solo hay que albergue bienito pero con rozetas. Hay uno en muchos Hostales. pueblo turístico.
 Fuente de Salceda. albergue con casa del cura dan de comer y desayuno. agradan si los alca de comida como apañis. lo que sea. se duermen ba enma y tienen leña.
 San Pedro de los Rosados. Pueblo pequeño es de unme on la montaña ocultos, en el suelo sobre colchon de espuma. baño con agua caliente.
 el cebo de la tierra del vino. el albergue está en la plaza. camas y baño con agua fría. el cura es un poco de leña.



agua caliente



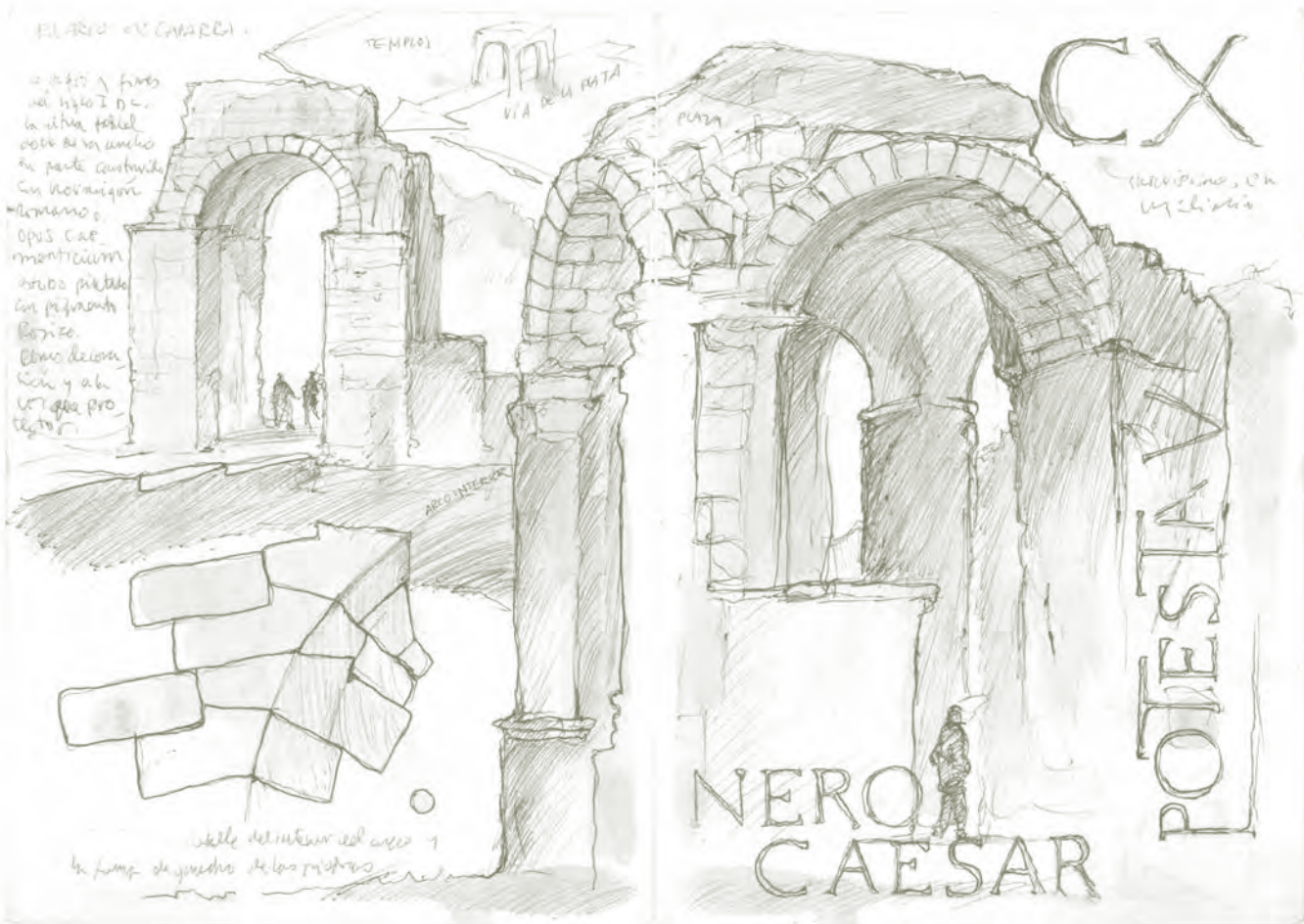
PARRO ovejero cuidando

ríos que cruzo sobre puentes romanos de piedra. Hay arqueólogos que trabajan en ellos. A unos cien metros, un grupo de ingenieros, contratistas y obreros construye el puente de una autopista. Ambos caminos, la vía romana y la autopista moderna, separados por cuatro mil años, pasan por el mismo portezuelo. Esta palabra se hará muy presente: portezuelo, portillo, coll, puerto, abra –tantos nombres para decir una misma cosa–, es el paso por la parte más baja de un cordón de cerros que separan un valle de otro. La subida se siente en los músculos delanteros del muslo y en los músculos traseros de la pantorrilla. Llegar al puerto es un alivio. Normalmente estos puntos están marcados con miliarios, cilindros de piedra que indican las millas romanas que faltan para el próximo *mansio*, lugar donde

pasar la noche durante un viaje. El mansio que sigue es Castra Caecilia o Cáceres.

DÍA 4: DE CÁCERES A CAÑAVERAL

Al mediodía entro por un arco de bóveda en diagonal que se acomoda a la estructura no ortogonal de las calles: el Arco de la Estrella. Sobre él –como sobre casi todas las chimeneas y veletas de la ciudad–, las cigüeñas construyen sus pesados nidos. En 1549, en las paredes de piedra marrón claro, Pedro Gómez esculpió las armas parlantes, cuyas figuras representan el apellido de los dueños de casa, como el Sol esculpido en casa de Solís.



DÍA 5: DE CAÑAVERAL A GRIMALDO

En Cañaverale, tengo que pedir las llaves del albergue a un viejo en la plaza del pueblo. Hay agua caliente y el lugar es limpio. Comienzo a sentir los primeros dolores en las piernas.

DÍA 6: DE GRIMALDO A CARCABOSO

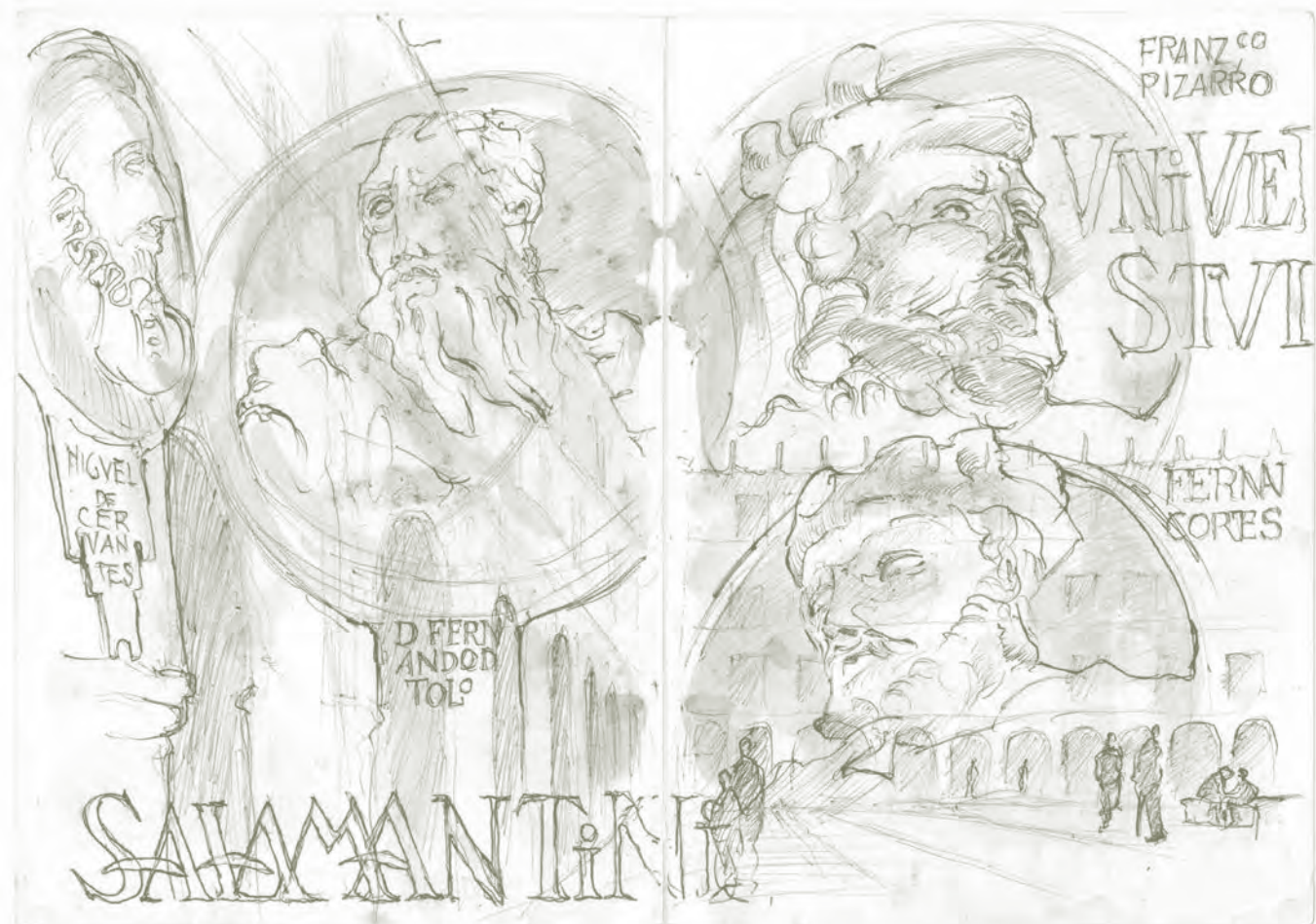
En Grimaldo, me hospedo en la casa del cura, quien me da de comer y desayunar. (Agradece si le dejo algo de comida, lo que sea).

DÍA 7: DE CARCABOSO A ALDEA NUEVA DEL CAMINO

Duermo sobre un colchón de espuma en el suelo de la antigua escuela.

DÍA 8: DE ALDEA NUEVA DEL CAMINO A FUENTE DE SALVATIERRA

Atravieso campos arados, poblados de ovejas pastando. El camino pasa por debajo de un arco cuádruple situado en medio de la nada; es parte de lo que fuera un antiguo templo de piedra, el Arco de Caparra, en el cruce de las dos calles principales de una población romana: el Cardo y el Decumanus. Leo: Exaltata Est Sancta Dei Genitrix en antiguos caracteres latinos, tallados en el portal de piedra de una casa en Puerto de Béjar: la madre de Dios ha subido. En el bar de la plaza, alguien me dice que la mitad de la aldea está en Castilla y la otra en León. Pero no es esto lo que la hace famosa, sino el pimentón y las setas, los hongos naranjas que crecen bajo los pinos y los marrones bajo los alcornoques.



para retomar fuerzas, pero solo me puedo hospedar dos noches en el albergue y debo ayudar con las tareas del casero. Llevo diez días caminando y el dolor en las piernas comienza a disminuir. Comprendo que puedo controlar la velocidad asociando la caminata a acciones cotidianas: si camino como paseando, con las manos en la espalda y sintiendo los talones, iré a un kilómetro por hora; si lo hago como conversando en el parque, alcanzaré una velocidad de dos kilómetros; si voy tranquilo, al ritmo en que recorro la ciudad, serán tres kilómetros; como en los túneles del metro, cuatro kilómetros; si lo hago como yendo atrasado al banco, cinco kilómetros; si me apuro, como cuando voy tarde a una cita con el estómago apretado, seis kilómetros; y si acelero todavía más, sintiendo las

caderas con los músculos tensos, lograré unos siete kilómetros por hora.

DÍA 13: DE VILLA NUEVA DEL CAMPEÁN A ZAMORA

Las advertencias escritas en los albergues siguen apareciendo: "Si te duele la rodilla izquierda, preocúpate del pie derecho". Básico. Si te molesta el pie derecho, instintivamente te cargarás más sobre la pierna contraria.

DÍA 14: DE ZAMORA A MONTAMARTA

Llego a la vieja Zamora, ubicada en una atalaya a orillas del río Duero, formando parte de aquella cadena de puntos de apoyo que durante mucho tiempo fue frontera de una patria y una fe, con sus robustos y pesados murallones románicos. A Zamora se entra por

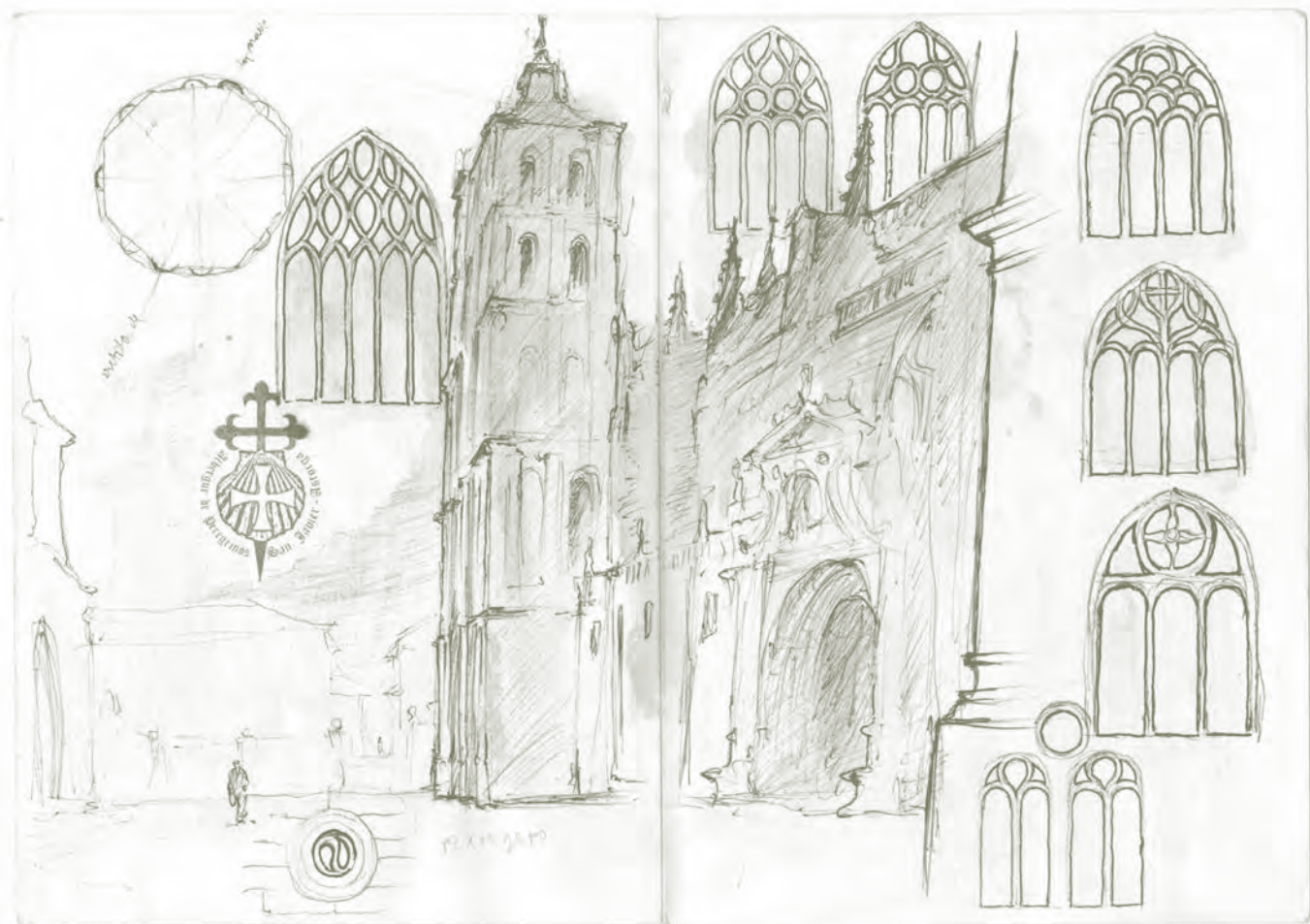


una calle que baja suavemente hacia un peñón, y en sus mil quinientos metros de largo hay concentradas seis iglesias impresionantes: iglesia de Santiago, de San Juan, de San Cipriano, de San Pedro, de San Ildefonso y de la Magdalena. Entre ellas hay plazas con árboles entreverados por sus raíces y sus ramas, como en la plaza del Viriato. Es imposible resistirse a la idea de que esa conexión vegetal no es otra cosa que el reflejo de la red de iglesias en esta colina.

DÍA 15: DE MONTAMARTA A BENAVENTE

Veo el valle del Duero con sus dehesas pobladas de encinares, toros bravos y vacas madrinas que los contienen y apaciguan con el sonido de sus campanas, hasta que alcanzan su destino: el encierro, el burladero

y las suertes del toreo. Me dice Juan Belmonte: “Si quieres torear bien, olvídate que tienes cuerpo”. Yo prefiero salir al campo y seguir el camino para andar los últimos 120 kilómetros que me separan de Astorga; sin embargo, algo resuena en la frase de Belmonte: hay que olvidarse del cuerpo. Los primeros dos días el cansancio pasa desapercibido, pero al tercer día empiezan a sentirse rodillas, muslos, pantorrillas y caderas. Durante los ocho días siguientes se prolongan los dolores del caminar como agujas que se clavan en los músculos, y no hay nada más satisfactorio que la promesa de una cama. La última semana camino como en sueño, sigo el consejo de mi amigo Belmonte.



DÍA 16: DE BENAVENTE A ASTORGA

Llego a Astorga un mediodía gélido de febrero con las últimas reservas de alimento y las suelas gastadas. Caminé 477 kilómetros en quince días. Los rosetones de la catedral de Astorga están plagados de alcachofas de piedra heredadas de los árabes, y en el espesor de los arcos sin figuras humanas –producto de la misma tradición– anidan cientos de palomas: pluma y piedra, la levedad del vuelo y la pesadez del románico se invierten: los pájaros se vuelven pétreos y los volúmenes arquitectónicos flotan. Los animales esculpidos al interior del templo tienden a adoptar formas inverosímiles para poder permanecer en la roca; al contrario de acantos, flores y árboles tallados que se adaptan y acomodan sin ningún problema en las columnas de la catedral.

Pero el camino no termina en Astorga ni en Santiago de Compostela; en realidad, la gente sugiere que para concluirlo hay que avanzar “más allá”, hasta la aldea de Extramundi o hasta el Cabo de Finisterre, y asomarse a los acantilados de la última roca de España sobre el mar Atlántico.

Dicen los gallegos que “quien va a Santiago en non va al Padrón, ¿o faz romería o non?” (quien va a Santiago sin pasar por el pueblo de Padrón –donde supuestamente el cuerpo del santo llegó sobre un bote, cubierto de ostiones–, ¿hace romería o no?), poniendo en cuestión el punto donde la peregrinación se acaba.



Esta huella, que durante siglos convirtió a la pequeña y perdida región de Galicia en el centro de Europa, enseña que no se necesita casi nada para llegar a cualquier parte; basta con el propio cuerpo y la constancia del paso. Aquí no vale apurarse ni pensar en cómo se hará el camino en los próximos días. El presente cobra más que nunca significado. En la caminata el recorrido se palpa centímetro a centímetro: es probable que las peculiaridades del clima y la topografía vividas hoy sean muy parecidas a las que experimentara un peregrino en el Medioevo. Es en esa acción inherente al ser humano, la de caminar, que pueden encontrarse dos seres tan remotos en el tiempo.

FIGURAS

- Estas páginas pertenecen a una bitácora de viaje de 32 hojas de papel Hilado 9 de 12,5 × 17,5 cm, dibujadas con lápiz Bic negro entre el 1 y el 16 de febrero de 2004, coloreadas *in situ* y posteriormente con café y vino tinto diluidos en agua. El café persistió, pero el vino se decoloró con el tiempo.

